CUATRO MOMENTOS DEL POEMA «ULTIMO SILENCIO»

NOS queda poco tiempo
para encontrar la palabra
que nos ha de acompañar
para siempre.

Porque sobre las piedras cotidianas
de nuestro caminar,
ha de posarse un viento presuroso
que nos tome los pies, a cualquier hora.
Mientras que, tal vez, la lluvia
nos fertilice la tierra
y nos apacigüe el mar.
Nos haga unir las manos fuertemente.

Pero todo puede siempre
no ser. No ser, quizás. A cualquier hora.

Nos queda poco tiempo.

NO se nos dió la voz para olvidar el silencio
ni los vacíos tristes de las horas del yermo.

Cuando nos llegue el paso de la soledad cansada,
y las palabras nos muerdan
los labios que las prohiben,
nuestro deseo de bondad nos guarde
de todo mal. Así sea.

UN viento gris quizás, o un aire de esperanza,
podría desvelarnos, sutil y poco a poco,
las palabras que quedan en el tiempo.

Alguien las dijo un día de amor, de vida y muerte.
Alguien podrá escucharlas en sigilo:
misiva destinada a los recuerdos.
En ella escrita está la voz que prolongaba
a unos hombres vencidos.

Pero el agua, en la tarde o en la hora en que penamos,
puede dejar, remota, en las arenas,
su mensaje a la playa:
algas de verde oscuro, velamen de aire viejo...
Y traída de un mar de ayer, ya navegado,
ánfora naufragada
que al toque de la brisa se quebrará.
Escuchemos.

EL último silencio está en ti mismo.

Por la penumbra de la tarde viene
un recuerdo penoso que dirías
la mano dura de los hombres muertos
apretando tus labios.
Y no puedes
anhelar el olvido, ni perderlo.

Descansarán sobre tus pensamientos
las pesadumbres, soledades amplias.
No pretendas hablar. No hay maleficio
en el dolor sumido en tu esperanza.

Deja que el cauce de ocaso venga
con luces y caudal de estrellas blancas,
con lentos aires que las hojas mueven
y apaciguan las iras del brazo fatigado...

Y si esperas el día con el día,
la noche con la noche y la paz con la paz,
la cumbre de los vientos elevará tus silencios,
amigo mío, siempre.

ENRIQUE BADOSA